

Rubén DaRío. Una *obnubilación brasílica*

Juan Manuel Fernández

Doctorando en Letras de
la Facultad de Filosofía y
Humanidades de Universidad
Nacional de Córdoba,
Argentina. Miembro de un
grupo de investigación sobre
literatura latinoamericana.
Director de la revista cordobesa
de literatura y cultura *Árbol de
Jitara*. Becario de la Secretaría
de Ciencia y Técnica de la UNC
(2011) y Becario del Programa
Escala Estudiantil (2007) en la
Universidade Federal de Santa
Catarina, Brasil.

Contacto:
juanmanuelfernandezmino@
gmail.com

PALABRAS CLAVE: Rubén Darío;
Brasil; Diplomacia; Literatura;
Identidad.

KEYWORDS: Rubén Darío; Brazil;
Diplomacy; Literature; Identity.

RESUMEN: Brasil, y en particular Río de Janeiro, fue una referencia frecuente y un destino importante en el periplo escritural de Rubén Darío. En este artículo, abordamos una serie de textos del autor que aluden a Brasil para reconocer, en las representaciones, su interpretación de la tradición y el presente cultural brasileño, así como también su intervención en las disputas en torno a la constitución de una identidad cultural diferenciada, a la vez que homogénea, en el marco de pactos de integración regional y continental. Indagaremos también la representación de sus relaciones con el campo de la diplomacia y con el de la literatura brasileña, mediante los cuales configura su rol de religador cultural entre Brasil y el resto del continente, en particular, con Argentina.

ABSTRACT: Brazil, and mainly Rio de Janeiro, was an important destiny for Ruben DaRío's writing periplum. This article focuses in a series of texts about Brazil in order to recognize, in the representations, the interpretation of Brazilian's cultural present and tradition; as well as his participation in discussions about the construction of homogeneous or different cultural identities in a context of regional and continental integration. We will also investigate the representation of his relations with Brazilian diplomacy and literature fields, by which Darío configures his

RUBÉN DARÍO. UNA *OBNUBILAÇÃO BRASÍLICA*
JUAN MANUEL FERNÁNDEZ

role as a thinker who promoted cultural interchange
between Brazil and the rest of the continent, particularly,
Argentina.

PODEMOS LEER TODA la producción literaria de Rubén Darío (1867-1916) bajo el signo de los *Abrojos* (1887), del *Canto errante* (1907), entre otros títulos como *Peregrinaciones* (1901) o *La Caravana pasa* (1902), como un producto de un intenso peregrinar cosmopolita que persigue (y siembra) el rastro de los ritmos modernos de las capitales en proceso de modernización. Es una creación en tránsito que fue gestada bajo la presión de las deudas, de los editores y del ansia de novedad, en hoteles, cafés y redacciones de diarios de las principales capitales, tanto de Latinoamérica y el Caribe, como de Europa. Es el ritmo del escritor profesional que, por primera vez en Latinoamérica, logra sustentarse con su labor escritural y adquiere un prestigio masivo asociado a su estilo y a su nombre. A esta errancia del periodismo y las letras, debemos sumarle la del universo diplomático con el cual Darío estuvo siempre ligado, ejerciendo diversos cargos u oficiando él mismo, investido de su prestigio, como embajador latinoamericano de las letras.

Su obra-abrojo incide en el campo cultural como una nueva acentuación de la mirada, según su etimología latina *ap̄ri oculūm* (¡abre el ojo!), y, a su vez, como adherencia espinosa a todo lo que se mueve y se disemina, como los cada vez más poderosos periódicos y revistas comerciales con sus corresponsalías, la religación cultural de los viajeros cosmopolitas y la lana velluda de los nuevos faunos que exploran la vida licenciosa en las fisuras del discurso positivista. Tres décadas de simiente en un periplo circular, que comienza y culmina en Nicaragua, dejan un vasto cultivo (reeditado, incluso, en refritos y ediciones clandestinas) que hasta el día de hoy ha resultado imposible de cosechar y reunir en su totalidad.

Entre todo lo esparcido, propongo que nos detengamos en sus representaciones de Brasil, las cuales, en el panorama cosmopolita proyectado por Darío, tienen significativas continuidades e interrupciones que pueden reconocerse

desde los comienzos de su periplo escritural y que, a su vez, coinciden con importantes acontecimientos en su trayectoria. Rubén Darío visita Brasil en dos oportunidades, la primera en 1906, cuando asiste como secretario de la delegación de Nicaragua a la Tercera Conferencia Panamericana en Río de Janeiro, y la segunda en 1912, en gira publicitaria de las revistas *Mundial* y *Elegancias*. En ambas oportunidades es agasajado y reconocido como escritor eminente por autoridades diplomáticas y escritores locales, muchos de ellos vinculados a la *Academia Brasileira de Letras* y al Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil (*Itamaraty*), instituciones que guardaban estrechos vínculos entre sí. El reconocimiento e interpretación de estas producciones nos permitirán también abordar los diversos modos en los que Darío participa de las disputas por una identidad diferencial, de la política, la literatura y la cultura brasileña y latinoamericana en el marco de proyectos de modernización y de integración regional y continental, como el pacto ABC entre Argentina, Brasil y Chile y el proyecto de unión panamericana.

DON PEDRO, JOAQUIM NABUCO Y LOS POETAS DE *ITAMARATY*. MODELOS DE ARISTOCRACIA INTELECTUAL

En ambos viajes, Darío interviene como corresponsal del diario porteño *La Nación*. A la manera del reporter, en la nota “La conferencia de Río de Janeiro”, publicada el 28 de julio de 1906, el poeta nicaragüense describe el día a día del viaje por mar, desde Europa hacia Brasil, de los diplomáticos que asisten a la Tercera Conferencia Panamericana. Rubén Darío aludirá en más de una oportunidad a este artículo ignorado por las *Obras completas*. En el mismo, caracteriza brevemente a los diferentes representantes, los actos protocolares y los sucesos fortuitos, destacando la figura de Joaquim Nabuco, el organizador del

encuentro panamericanista. Lo retrata popular, ovacionado al llegar a Pernambuco por una multitud que celebra su política abolicionista, acentuando también el reconocimiento que recibe de los representantes norteamericanos (país en el que se desempeñaba como embajador brasileño), al igual que del resto de los representantes latinoamericanos; de este modo, el nicaragüense configura a Nabuco como el religador continental. Según plantea Rubén Darío, Joaquim Nabuco es quien lo presenta a los poetas y diplomáticos brasileños. Entre otros, a Machado de Assis, Graça Aranha, Fontoura Xavier, personas vinculadas a *Itamaraty* y a la Academia Brasileira de Letras (1909, 5/1919, 15-19). Olavo Bilac y Elísio de Carvalho, son también mencionados frecuentemente entre esta elite de escritores diplomáticos.

Rubén Darío era, según Antonio Arnoni Prado, uno de los escritores más influyentes en el campo literario fluminense (1994, 605); prueba de ello es el ensayo de Elísio de Carvalho titulado *Rubén Darío* (1906), en el cual propone un recorrido por las obras literarias del nicaragüense para destacar las innovaciones estéticas de su poética y las afinidades que esta tiene con las escuelas literarias y filosóficas europeas. En el mismo ensayo, señala a Darío como “[U]no de los mayores, sino el mayor poeta de la América española” (1968, 146-158). En varias oportunidades, Rubén Darío alude a la obra de Elísio de Carvalho y la aborda particularmente en la crónica, titulada como la obra homónima del autor, “Literatura brasileña. *Las modernas corrientes estéticas*”; crónica que fue publicada en *La Nación* el 01/12/1907 y posteriormente en el libro *Letras* (1921 [1911], 53-59) con el título “El Brasil intelectual”. Darío lo caracteriza como un representante de la poesía joven brasileña, propagadora del simbolismo y continuadora de una tradición cultural aristocrática que el poeta nicaragüense señala siempre como un importante modelo de referencia para las elites del resto del continente.

Desde sus escritos de juventud, es constante esta representación modélica de la tradición aristocrática brasileña. Podemos rastrearlo desde la crónica “Don Pedro” (1891), publicada en un periódico de Costa Rica e incluida posteriormente en el libro *Crónica literaria* (s/f). Es una necrológica que trata sobre la muerte en el exilio del emperador Pedro II, y en la cual Rubén Darío configura al noble ideal, el humanista ilustrado:

Arrojado de su imperio por una revolución quizás demasiado prematura, muere amando al Brasil, su país de sol y de diamantes, donde libró a los negros, donde su pueblo le amaba, donde bajo su cetro suave, la libertad tendía sus alas, tan blancas como su regia barba de nieve. Muere amando su gran país brasileño, cuando éste se ensagrienta (*sic*) en lucha de hermanos y hay muchas miradas que se vuelven al lado de Europa, a ver si aparece de retorno, el barco que traiga el más alto mástil, el pabellón del Imperio (Darío, s/f, 71).

También llama al emperador “el último de los Marco Aurelios”, alusión recurrente en sus crónicas posteriores, que se hace eco del modo en que lo calificara Víctor Hugo (Cappelletti, 1990, CXVII); esta calificación es también un eco de un ideal monárquico que configuran muchos intelectuales franceses como contraposición a la República, a la que consideraban “decadente”. Coincide también, por extensión, con una difundida representación paternalista y benevolente de la economía esclavista brasileña. La abolición de la esclavitud declarada durante su reinado sería, para Darío, una de las manifestaciones más evidentes de su humanismo ilustrado. Podemos observar, en las mismas crónicas en las que Darío menciona a Brasil, una transformación de su representación de las naciones esclavistas, en las que mantiene como constante, a su vez, la representación de Pedro II y el imperio de Brasil como abolicionistas.

Vale señalar como referencia de este cambio, a la representación de Leopoldo II de Bélgica, quien fuera el artífice del Congo Belga, promotor de una colonia esclavista encubierta como protectorado que produjo el holocausto que redujo la población negra de entre 20 y 40.000.000, en 1890, a 8.500.000, en 1911 (Arendt, 1987, 286). El poeta de las manos de marqués, que en *Prosas profanas* (1901) a medias reconoce como posibilidad su sangre africana, de indio chototega o nagrandano (1917:9), pasa de encomiar a Leopoldo II, comparándolo con Pedro II, a contraponer a ambos de acuerdo al diseño racista, de factura francesa, que divide latinos y sajones en la disputa colonial por el “botín americano” (Jáuregui, 1998, 445). Consideremos dos fragmentos de “El Salón. Societé Nationale des Beaux-Arts. Vernissage” (1901) y de “El talento de los negros” (1913):

Este buen rey es muy querido por los parisienses, por su sencilla vida y poca preocupación del protocolo. Es una especie de don Pedro del Brasil, con la diferencia que hay entre el amor de las ciencias y las artes y el de las hermosas muchachas y los automóviles. Si los belgas fueran brasileños, se quedaría probablemente Leopoldo de simple príncipe del Congo (Darío, 1977, 97).

No por falta de autores españoles y lusitanos, según el autor de este libro [E.Grégoire (1808) *De la littérature des nègres*], el pueblo de Iberia fue malo con sus esclavos, a quienes trató siempre como hermanos “de otro color”; muy al contrario, y de ello responderán las antiguas colonias hispanoamericanas y el cada vez más floreciente antiguo imperio del Brasil; otros pueblos hoy influyentes y poderosos fueron peores; y hoy mismo tal vez lo sean que Bélgica en África; Alemania aquí y allá; los Estados Unidos en aquellas repúblicas sudamericanas en las que ejerce predominio; Inglaterra por el mundo entero, cambiaron la forma de la esclavitud (Darío, 1968, 296).

Frente a estas dos “razas” colonialistas europeas, el imperio de Pedro II es configurado como parte de la tradición abolicionista latinoamericana, la cual tendría continuidad en el presente republicano. Si en la crónica “Don Pedro” (1891), la revolución republicana es descrita por el poeta de manos de marqués como un acontecimiento “prematureo”, que desencadena guerras civiles, que es producto de “la ingratitud” y de la “injusticia” (s/f, 75-76), evidenciada, sobre todo, en que no rinde honores a la nobleza del emperador fallecido en el exilio (s/f, 78-79), en crónicas posteriores Rubén Darío representa a la República como continuadora de esta aristocracia intelectual que celebraba en la figura del emperador. Así lo plantea en la crónica “Graça Aranha”, publicada en *La Nación* el 27/10/1911:

Investigué algo del mundo mental brasileño, y me di cuenta de que no era exagerada la afirmación de García Merou que juzgara superior la producción intelectual del Brasil a la de todas nuestras repúblicas hispanoamericanas juntas. Seré más explícito. Nosotros contamos con señaladas poderosas individualidades que pueden tener su parangón en cualquier parte del mundo; pero la gran república de lengua portuguesa cuenta con una literatura, con una tradición literaria, y con una cierta homogénea disciplina [...]. Es esto decir que a la espontaneidad de los propios impulsos se han unido un orden de cultura que no se debe, indudablemente, más que al imperio, y que los peligros de una reciente democracia no han tocado en nada. Por el contrario: la república allí se ha sostenido con prestigio principalmente por los esfuerzos de una aristocracia intelectual. La academia de Río, cuenta con pensadores y escritores escasamente superados en Europa (1977, 244).

En más de una oportunidad, Darío acentúa esta continuidad, incluso justificando como errores de juventud a obras antimonárquicas como *O regio saltimbanco* (1877) de Fontoura Xavier (1909:5). Rubén Darío señala a los cribadores

que llevan adelante la elección de representantes para *Itamaraty*, los cancilleres Rio Branco y Lauro Müller, junto con la *Academia Brasileira de Letras* como los responsables de la preservación de esta aristocracia intelectual. Las crónicas que se refieren, tanto a Graça Aranha, como a Fontoura Xavier, describen la constitución de esta elite, el “cuerpo de excelentes” (1919, 19). Cuando el nicaragüense describe el momento en que conoce a Fontoura Xavier: “Afable, apuesto, ceremonioso, como casi todos sus compatriotas cultos, el poeta tuvo mi inmediata simpatía” (1909, 5), recordamos las burlas de Lima Barreto, en *Os bruzundangas* (1922) a los *bonequinhos*, aquellos que se adecuaban al canon implícito de belleza masculina que imponía *Itamaraty* (1985, 55). A diferencia de Darío, Lima Barreto reconocía, en la revolución republicana, una interrupción e inversión de lo que consideraba promisorias transformaciones sociales de los últimos años de la monarquía, principalmente de las matrices racistas y clasistas de la cultura (Sevcenko, 1985, 176). Para Lima Barreto, si retomamos la cita de Darío, era el racismo y la exclusión lo que se preservaba intacto en la élite republicana y reconocía como responsables de esta política a los cancilleres Rio Branco y Lauro Müller, promotores de las reformas urbanas de Río de Janeiro, que ahondaban aún más el problema habitacional, el de la exclusión y criminalización de la pobreza y el racismo, presente en la propaganda para la inmigración europea (Lima Barreto, 1985, 103).

Lima Barreto criticaba también la representatividad de las instituciones mediante la denuncia del tráfico de influencias entre la *Academia Brasileira* y el *Ministerio de Relações Exteriores*; un gran número de poetas formaban parte de *Itamaraty* y la Academia había aceptado postulaciones de diplomáticos como Lauro Müller, con ínfima producción literaria, bajo el controvertido criterio de los *expoentes* (1985, 107).

RÍO DE JANEIRO, ENTRE LA ACADEMIA Y LAS FLORESTAS EMBRIAGADORAS. DARÍO, LECTOR DE ARARIPE JÚNIOR Y GRAÇA ARANHA.

La segunda visita de Darío a Brasil, en junio de 1912, tenía por objetivo promocionar las revistas que dirigía en París, *Mundial* y *Elegancias*. En cada número de *Mundial*, aparecía un artículo escrito por él sobre un país latinoamericano con información sobre su historia, las ciudades, la política, la economía, las instituciones culturales, la flora, la fauna y los recursos naturales explotables. Todos los textos estaban acompañados con abundantes fotografías de panorámicas, paisajes, monumentos, edificios públicos, calles de las principales ciudades y de hombres eminentes. En el fascículo N° 12, de abril de 1912, previo a su segundo viaje, aparece el artículo “Estados Unidos de Brasil”, el cual es posteriormente reeditado, junto con los de los demás números, en *Prosa política* (1918b, 73-84).

“Impresiones brasileñas. La Academia-I. Tijuca-II”, publicada el 28/09/1912 en *La Nación* es otra crónica en la que se refiere a su paso por Río de Janeiro. Utilizando el pronombre posesivo de primera persona plural “nuestra república”, se representa a sí mismo como argentino junto al lector de diario porteño, en el cual –según señala– cumple veinticinco años de haber publicado su primer artículo (1968, 259). Ya en la crónica de su primera visita a Río de Janeiro, dice sobre su identidad migrante: “Nicaragua, mi patria natal que, como Dios lo ha querido, tiene la misma bandera azul y blanca que mi patria intelectual, la República Argentina” (1906, 05). “Impresiones Brasileñas” (1912) está dirigida y responde a los intereses argentinos; a su vez, también recrea y discute con la tradición intelectual del país sobre el modo de leer a Brasil y, en particular, a Río de Janeiro. Podemos advertirlo en la misma división en apartados: “La Academia-I” y “Tijuca-II”, en tanto evocan tópicos recurrentes de las crónicas de viajeros argentinos: la ciudad imperial y la selva tropical.

Podemos considerar como precedentes significativos al libro *Viajes* (1849-1851) de Domingo Faustino Sarmiento y *En viaje* (1884) de Miguel Cané; ambas obras coinciden en celebrar las maravillas naturales y las panorámicas de la Tijuca, y en configurar a la capital brasileña como una ciudad infecta, minada por el calor tropical, la falta de higiene y la degeneración que implicaba, desde su concepción racista, la “convivencia” con los esclavos:

Y bien, ¡quedaos siempre en el puerto! ¡Saciad vuestras miradas con ese cuadro incomparable y no bajéis a perder la ilusión en la aglomeración confusa de casas raquíticas, calles estrechas y sucias, olores nauseabundos y atmósfera de plomo!... Pronto, cruzad el lago, trepad los cerros, y a Petrópolis. Si no, a Tijuca. Petrópolis es más grandiosa y los cuadros que se desenvuelven en la magnífica ascensión no tienen igual en la Suiza o en los Pirineos. Pero prefiero aquel punto perdido en el declive de dos montañas que se recuestan perezosamente una en brazos de la otra, prefiero Tijuca con su silencio delicioso, sus brisas frescas, sus cascadas cantando entre los árboles y aquellos rápidos golpes de vista que de pronto surgen entre la solución de los cerros, en los que pasa rápidamente como en un diorama gigantesco, la bahía entera con sus ondas de un azul intenso, la cadena caprichosa de la ribera izquierda, las islas verdes y elegantes, la ciudad entera, bellísima desde la altura. No llega allí ruido humano, y esa calma callada hace que el corazón busque instintivamente algo que allí falta: el espíritu simpático que goce, a la par nuestra, la voz que acaricie el oído con su timbre delicado, la cabeza querida que busque en nuestro seno un refugio contra la melancolía íntima de la soledad (Cané, 2005, 32-33)

Esta representación de la ciudad infecta, si bien obedecía a una problemática sanitaria histórica, era un estereotipo en Europa y Latinoamérica¹. La Tijuca

1 Deben considerarse también las campañas de desprestigio que llevaban adelante algunos periódicos porteños (Cervo-Bueno, 2002, 168)

era uno de los atractivos preferidos de los argentinos en Río de Janeiro. El publicista francés Jules Huret, en su libro *La Argentina* (1911), relata que, en la escala de Río de Janeiro rumbo a Buenos Aires, son los argentinos los que lo acompañan en autos de alquiler a conocer la Tijuca, dejando a las flamantes modernizaciones urbanas solo el relato de un vistazo de pasada (29-30).

En contraposición, Cané señala a Petrópolis, la ciudad de las alturas donde pasaba los veranos el emperador junto a los nobles y diplomáticos extranjeros para resguardarse del ciclo de las pestes. Esta división entre lo alto y lo bajo concuerda con la división de apartados de “Impresiones brasileñas” (1912), que fragmenta la ciudad en cortesana, con su claustro académico y diplomático, y tropical-embriagadora, con sus panorámicas y su selva.

En “La Academia-I”, Rubén Darío celebra una vez más la tradición aristocrática de la cultura brasileña, rememorando sus amistades en la diplomacia y la poesía local, a fin de destacar el reconocimiento que le hace la Academia Brasileira de Letras como poeta y como representante cosmopolita de Latinoamérica. En este primer apartado, Darío destaca que es él el primer poeta hispanoamericano invitado a asistir a una sesión de la Academia. También transcribe el discurso en su honor de José Verissimo y menciona a los presentes (1968, 259-260). En cuanto al segundo apartado, lo transcribiremos completo para después comentarlo:

Tijuca-II

“...Para poder hablar de este colosal triunfo de vegetación, de tierra potente, de trópico, de sol, de flora fantástica, serían precisos versos antiguos, en latín, en griego, quizá mejor en los que escribiera el autor del *Ramayana*. Confieso que aún en mi Nicaragua natal no he contemplado espectáculos de naturaleza como los que en esta tierra brasileña me han dado casi la sensación vívida del ensueño. Es la realización de todo lo que los pintores y poetas pudieran hacer y trasladar a la tela o manifestar en los poemas. Brotan

los cabellos de la tierra. Se ven los huesos de la tierra. Se siente la sangre de la tierra. Y cuando uno va caminando entre el corazón de esa selva domesticada, siente la respiración del pecho del mundo, y por mucho que hayan trabajado filosofías y modernidades el espíritu, nos sentimos poseídos de religiosidad. Es el poema del bosque. Es ciertamente un rincón de esa Atlántica en cuya capital principal había siete puertas de oro. Se comprende que hayan sido el premio de los descubridores y los conquistadores. Una poesía nueva contarás más tarde de estos espectáculos magníficos y de estas visiones soberbias. Pintores, escultores, arquitectos, seguramente encontrarán nuevas formas, poseídos por el aliento de estas tierras magníficas. Walt Whitman supo ya fundir para su tierra norteamericana versos, de hierro, de bronce, versos de acero y dar a la literatura moderna el alma de raza mezclada y de su país prepotente con sus *Leaves of grass*. Contemplando estos milagros brasileños y tendiendo la vista hacia otras tantas maravillas que en nuestras repúblicas americanas tenemos, me pregunto: ¿Dónde está el poeta que corresponda a estas grandezas?; no el que ridícula y persistentemente se está esperando desde hace tanto tiempo, sino el que diga estos encantos naturales que son aquí selvas, panoramas gigantescos, allá pampas vastas, más allá lagos y volcanes. Desde luego no pido un clásico Lucrecio, ni mucho menos ¡por Dios! Un Delille, sino aquel que pueda presentarse a la par de los grandes del norte: un Whitman, un Edgar Poe. Todos estos pensamientos han venido teniendo a un lado hondos abismos y a otro árboles llenos de orquídeas, bananeros con hojas como estandartes y la victoria encantadora de la naturaleza del Brasil...” (Darío, 1968, 261)

Darío representa a la Tijuca como una selva domesticada, en tanto ha sido incorporada por el conquistador para servir a un orden de concentración imperial (la colonia), pero que a su vez, es representación de lo vasto, lo soberbio y lo abundante que triunfa sobre el colonizador al poseerlo por religiosidad. A través de la panorámica, el poeta de los faunos y centauros animaliza a la selva; desde la altura se asiste no al espectáculo de lo macro sino de lo micro de una bestia gigante, fabulosa, palpitante.

La selva es representada por Rubén Darío como una composición poética divina, una realización poética total, encantadora, que sería producto de un género sobrenatural que denomina “fantástico natural” (1968, 248, 261) y que es generadora de ensueño, asombro y gozo de espíritu a través de formas inusitadas y panoramas espectaculares. Es el espacio de referencia y fecundación de las artes como la pintura, la escultura, la arquitectura y la literatura.

En cuanto a la literatura, en la crónica “Tijuca” reclama un poeta que corresponda al “encantamiento” producido por este “fantástico natural” de las florestas; configura a este poeta como un intérprete (un mediador, o un descifrador) que debe perseguir y descubrir nuevas formas, el encuentro de la sensibilidad moderna y la asombrosa multiplicidad de lo vivo latinoamericano. A la representación parnasiana de la naturaleza (en un modelo clásico como Delille) que recrea en intertexto las representaciones de la antigüedad clásica, Darío contrapone la representación del presente que realizan los norteamericanos como Edgar Allan Poe y Walt Whitman, que son tomados como modelos de la nueva poesía. En el caso de Poe, como plantea el escritor de *Los raros* (1896) en “Edgar Poe y los sueños” (1913), la naturaleza es entendida como el espacio para el descubrimiento de la dimensión onírica o supraterrrenal, a la cual el poeta accede en el insomnio, o por medio del opio o de excitantes alcohólicos que estimulan, en una subjetividad atípica (que sería la propia del poeta según la concepción del siglo XIX), estados hipnagógicos, entre la vigilia y el sueño, como el de la “alucinación panorámica”, que descubre desde la altura relieves fabulosos, animalescos, donde antes solo veía lo más evidente (1968, 321-322). En *Los raros* (1896) compara a Poe con sus coterráneos Whitman y Emerson para destacar este trabajo liminal sobre el presente; lo posiciona “[E]ntre Emerson misericordioso y Whitman profético, como un interrogador del porvenir” (1918a, 11). Rubén Darío, al referirse a Poe, sugiere una poesía celeste, celebratoria de una

naturaleza triunfal, a la vez eterna y contemporánea, que ofrece una unidad de lo múltiple latinoamericano como resto infraléve – un alma – que no se precipita sino que es percibida como espectro sobre las superficies o absorbida como aliento o evaporación.

Para la reflexión de este “fantástico natural” al cual Rubén Darío alude (pero no define) es interesante reconocer también dentro de las crónicas del autor sobre Brasil una sintonía entre este “encantamiento” de la floresta, al que reconoce como fecundador de una nueva literatura latinoamericana (entre las nuevas artes), y la *obnubilação brasileira* del tropicalismo de Araripe Júnior (1848-1911). Ya en la crónica “Marquês de Carvalho. *Entre as Nimpheas*” (1896), planteaba a los lectores de la revista *Buenos Aires* que: “Poco conocida es entre nosotros la literatura brasileña contemporánea, [...] ¿Quién conoce [...] a ese crítico de tan sólida y variada erudición, tan moderna variedad y hermosa valentía, que se llama Araripe Júnior?” (1968, 90-91). Según vimos en “Tijuca”, el poeta de *Canto errante* (1907) representa a la capital brasileña como una ciudad de encantamiento que está llena de estímulos incitados por la selva y por panorámicas que favorecen la fantasía, originan la ilusión vívida del ensueño y el sentimiento de ser poseído (religiosa y creativamente) por el medio natural. Esta concepción coincide con la de los efectos alucinatorios que Araripe Júnior considera característicos del medio tropical: la *obnubilação brasileira*. Para la lectura de esta intertextualidad, consideremos también la lectura del párrafo introductorio del artículo sobre Brasil, publicado en la revista *Mundial*:

Brasil

Tierra de luz, de poesía y de riqueza, tierra prometida para el trabajo y la energía de los hombres, fue bien llamada Canaán por uno de sus preclaros escritores. Todo allí es encanto y lujo de la naturaleza, de tal manera, que los viajeros que por primera vez

visitan país tan señalado y singular sobre la tierra, se diría que sufren como un deslumbramiento, por cielos, aguas, bosques, paisajes que se juzgarían ilusorios, y en donde se muestra la gracia y la potencia del universo. «Los mismos insectos, – dice el gran argentino Sarmiento, hablando del Brasil – son carbunclos o rubíes; las mariposas, plumillas de oro flotantes; pintadas las aves que engalanan penachos y decoraciones fantásticas; verde esmeralda, la vegetación; embalsamadas y purpúreas, las flores; tangible, la luz del cielo; azul cobalto, el aire; doradas a fuego, las nubes; roja, la tierra; y las arenas entremezcladas de diamantes y rubíes». Toda expresión, por hiperbólica que parezca, no sobrepuja a la realidad, tratándose de este país que contiene tantas cosas enormes, tantas cosas que parecen de fábula. Una riqueza imponderable de minerales; una variedad infinita en la flora y en la fauna; la bahía más bella y el puerto más bello del mundo, y el río Amazonas, el «Ecuador movable», «inmenso mar dulce, el más grande y admirable de los escenarios soñados para la epopeya» (Darío, 1918b, 73-74).

Como hemos visto, Rubén Darío llama “deslumbramiento” al trastorno o enajenación que experimentan los viajeros que visitan por primera vez el país, el mismo término con el cual Martín García Merou traduce críticamente el concepto “obnubilación” cuando comenta la teoría de Araripe Júnior en su libro *El Brasil intelectual* (1900:246), del cual Darío también toma la cita de Sarmiento sobre la naturaleza tropical de la Tijuca (1900, 13) y la cita a *Escenas de la vida Amazónica* de José Verissimo (1900, 123). En esta cita, tanto García Merou como Darío, asocian el enfoque crítico determinista de Sarmiento -su telurismo- con el de los críticos brasileños. Esta descripción del luminoso encanto de la naturaleza que realiza el nicaragüense, es una traducción poética de la teoría de Araripe Júnior sobre el impacto del medio brasileño en los extranjeros, el cual se manifestaría también en la incorporación aberrante de las estéticas europeas que realizan los escritores del propio país.

Araripe Júnior encontraba en esta explicación determinista del medio una forma de comprender las producciones literarias y el contexto de producción de la literatura del siglo XVII: centrándose en la producción literaria de Gregorio de Matos, argumenta que los portugueses al internarse en la selva olvidaban la civilización y la moral -por la acción directa de la tierra, la selva tropical y el sol- incorporándose los mismos, en ese movimiento, a los hábitos (tenidos por recesivos) de las tribus autóctonas. Esta explicación determinista también le resulta valiosa para abordar las producciones literarias contemporáneas que el crítico llama de *Estilo tropical* (1888), aquellas en las cuales encuentra las consecuencias del fenómeno de la *obnubilação brasílica* que implicaría, no la copia servil de las estéticas realistas europeas (realismo naturalista) para la representación de la realidad, sino la incorporación crítica de las mismas a partir de un reconocimiento del “*sentimento de realidade*” autóctono (Araripe Júnior, 1977, 126-127). Siguiendo a Araripe Júnior, el *Estilo tropical* o “naturalismo brasileño” que traduce críticamente Rubén Darío es aquel que podría aprehender la objetivación del hombre que está “envenenado por el ambiente”, que, embriagado por los vapores, delira e imagina deliciosa e insensatamente, que tiene atención intermitente y hábitos irregulares, además de los sentidos abiertos a los estímulos circundantes.

Araripe Júnior pone el acento en el medio más que en la raza como factor determinante; un medio que era molesto, insalubre, pero a la vez productivo de una cultura singular, de un lirismo nativo “pujante de vida, de amor y sensualidad”. Se trata de una valoración positiva (optimista) del medio tropical, que forma parte de un pensamiento nacionalista, el cual opera en los intersticios de la visión hegemónica de los trópicos, aquella que reproduce la valoración negativa, o ambivalente, de filósofos ilustrados como Montesquieu y Buffon. Por ello, el crítico fluminense reclama una transculturación estética que sirva a

la caracterización de la cultura nacional en un momento de transformaciones históricas que, un año después, desembocaron en la revolución republicana. Esta acentuación responde particularmente a la preocupación por la conservación de la hegemonía frente a los cambios que suponía la inmigración masiva.

En cuanto a la referencia a *Canaã* (1902), es interesante releer una de las crónicas dedicadas a Graça Aranha (1911). Rubén Darío describe la obra, que había sido publicada por *La Nación*, como una de las representaciones “sanas” y “brillantes” del presente literario brasileño² (1977, 243). Graça Aranha, diplomático brasileño durante las dos primeras décadas del siglo XX, ofrece una novela de tesis que enfrenta dos posiciones contradictorias acerca de la inmigración europea en Brasil. De acuerdo con Adriana Rodríguez Pérsico, en la obra se enfrentaría “La tesis del triunfo de los más fuertes por medios violentos con la victoria de la integración de los pueblos” (2008, 146) y se configuraría una generosa y remota Canaán (Brasil) en la que se integrarían las diversas naciones contemporáneas, representadas por sus respectivos inmigrantes.

Darío le atribuye a *Canaã* la representación del “espíritu nacional brasileño”, que podría, además, proyectarse al resto de Latinoamérica en ese momento de inmigración masiva. En contraste con *Os Sertões* (1902) de Euclides da Cunha, publicado el mismo año que *Canaã*, el libro de Graça Aranha ofrece una representación optimista, armónica e idealizada de una nueva composición social en formación, que pone en segundo plano los conflictos sociales. Esta representación que realiza Darío de Brasil se adecua a los intereses compartidos por el ABC, el proyecto de integración del Cono Sur, y del panamericanismo. Sus representaciones son acordes a su rol de diplomático cultural; son mediaciones

2 Antonio Dimas, en una lectura de la Belle Époque brasileña, describe a *Canaã* (1902) como una de las variantes de la “literatura encomiástica” nacionalista de principios de siglo XX (1994, 545)

que buscan la síntesis armónica, puntos de encuentro entre las diferentes hegemonías latinoamericanas, y, a la vez, una imagen “pujante” para su representación en el exterior que sirva para impugnar las representaciones deterministas negativas del medio tropical, asociadas, por defecto, a todo el continente.

Cuando Darío se pregunta en “Tijuca-II” (1912) “¿Dónde está el poeta que corresponda a estas grandezas?” Y aclara que “[N]o el que ridícula y persistentemente se está esperando desde hace tanto tiempo, sino el que diga estos encantamientos naturales” (1968, 261) puede estar aludiendo a esta representación negativa del medio que no solo se reproduce en el extranjero, sino también en el propio continente. Es interesante, en este sentido, abordar el libro *El Brasil intelectual* (1900) de Martín García Merou, que el propio Darío reconoce como referente (1977, 244). El autor era un patricio porteño, célebre escritor y *causeur*, que integraba el cuerpo diplomático argentino y que pertenecía a la redacción de *La Nación*. En *El Brasil intelectual* (1900) se preguntaba: “¿Tenemos realmente una cultura artística propia, algo que pueda llamarse una literatura nacional, o estamos en condiciones de tenerla?” (1900:4) y sugiere que no es sino por vía del conocimiento de la literatura brasileña (la del país vecino) que se puede llegar a tomar conciencia de la literatura nacional, en especial por el estudio de los críticos que están conformando el canon en ese momento: Silvio Romero, José Verissimo y Araripe Júnior. Para plantear el problema de una literatura nacional, el diplomático porteño se sirve de una cita del libro *American Literature* (1882) de John Nichol para trazar un paralelo entre la América del Norte y la América del Sur. El argumento del crítico escocés es que los norteamericanos, y, según García Merou, también las naciones del Cono Sur (Argentina y Brasil), no han cultivado aún “el espíritu” (una literatura bella) porque han estado ocupados en la conquista del medio:

Necesitaban conquistar la naturaleza, antes de admirarla: [...] `Mientras Dryden, Pope y Addison pulían estancias y añadían nuevas gracias a la prosa inglesa, ellos descujaban árboles, navegaban ríos y fertilizaban valles... La lucha de la independencia, absorbiendo todas las energías de la nación, desarrolló genios militares, estadistas y oradores, pero fue hostil a lo que puede llamarse bella literatura. En suma, el pueblo de los Estados Unidos tuvo tiempo para ejecutar su *Iliada*, pero no lo tuvo para cantarla'. También nos ha faltado a nosotros el tiempo, y esperamos todavía el artista inspirado que perpetúe en el verso, los cortos accidentes de nuestra ingenua epopeya (García Merou, 1900, 4-5).

Este poeta que canta la épica del hombre contra la naturaleza, el que necesita conquistarla antes de admirarla, puede ser el que Darío señala en "Tijuca-II" (1912) como quien "ridícula y persistentemente se está esperando desde hace tanto tiempo" (1968, 261) y al cual contrapone como representante de la poesía nueva, aquel que canta el triunfo del medio (la vegetación, la tierra potente, el trópico, el sol, la flora fantástica) sobre los componentes exóticos, ya sean inmigrantes o estéticas extranjeras. Darío reconoce una literatura latinoamericana, que se produce en el proceso de transculturación de la cultura europea, que se diferenciaba de la misma y que implicaba una asimilación crítica de su modernización contemporánea. En su caso, esto no significaba la enemistad con la cultura europea, sino más bien, una diferenciación que mantenía la filiación. José Verissimo, en el discurso de recepción a Darío, que él mismo transcribe en "La Academia-I" (1912), expresa la voluntad de la *Academia Brasileira* de formar parte de una confraternidad espiritual latinoamericana para el cultivo de una diferencia, "[A]lgo original y distinto. Algo que viniendo del más íntimo o nacional, no portugués o español, venga un día, venga a ser en breve un día bien y expresivamente nuestra", una "cordial confraternidad espiritual latinoamericana y de alto respeto por la cultura europea" (en Darío, 1968, 260), lo que

implica una sintonía entre Darío y la *Academia Brasileira de Letras* en el modo de configurar la cultura nacional y la latinoamericana.

ENTRE EL ÁGUILA Y EL CÓNDOR. EL DILEMA DEL PAPAGAYO

Hay una infinidad de loros
del más brillante y atrayente plumaje,
por lo cual, en los primeros tiempos,
se llamó a *terra dos papagaios*.

“Brasil” -Rubén Darío

Los poemas alusivos a la participación de Rubén Darío en el Tercer Congreso Panamericano de Río de Janeiro, “Salutación al Águila” (1906) y “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones” (1907) – ambos reunidos en el libro *Canto errante* (1907) – significaron un quiebre en el modo en que Darío representaba la expansión del imperialismo norteamericano y su propuesta de integración continental, el Panamericanismo. Su crónica “El triunfo de Calibán” (1898), que prefigura el *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó (Jáuregui, 1998, 442), publicada en la revista *El tiempo* de Buenos Aires y en *El Cojo ilustrado* de Caracas, es una arenga contra la ocupación norteamericana de Cuba y un llamado a todos los países “desde Méjico a la Tierra del Fuego” a conformar una Unidad Latina que enfrente el imperialismo de Estados Unidos. También señala, apenado, que Brasil estaría asociado a Estados Unidos por intereses comunes. El texto hace alusión al Primer Congreso Panamericano en Washington para destacar la figura de Roque Sáenz Peña, el cual se habría manifestado contrario a esta asociación, gesto que fue interpretado en más de una oportunidad, como

una disputa por la hegemonía, tanto en el continente, como en la región. Esta posición hegemónica era también disputada por Brasil.

Argentina y Brasil junto a Chile propusieron, durante esos años, otro proyecto de integración llamado Pacto ABC, una entidad política para la acción diplomática conjunta en disputas de orden internacional. El periodismo, la diplomacia y el campo literario participaron activamente en su constitución. Solveira de Baez (1992) y Delia Otero (2001) señalan que el Pacto ABC se crea en el contexto de importantes disputas comerciales, de delimitación de fronteras (Argentina disputaba territorios con Chile y Brasil) y de competencias armamentistas del Cono Sur, que tuvo varios picos de tensión bélica. El ABC tenía por objeto resolver las controversias que pudieran suscitarse entre los países integrantes, produciéndose algunas diferencias internas respecto de la propuesta panamericanista: en los foros, Brasil manifestaba actitudes de alineamiento, mientras que Argentina, sostenía una sistemática oposición a Estados Unidos (Otero, 2001, 217). Sin embargo, en las intervenciones conjuntas, favorecieron siempre a los Estados Unidos y a las políticas panamericanistas. Juntos, en 1903, reconocieron a Panamá como nuevo Estado; en 1914 el ABC medió en el conflicto internacional causado por la invasión norteamericana a Veracruz (México), permitiéndole a Estados Unidos, quien amenazaba de guerra a México, una salida favorable a las graves faltas al derecho internacional cometidas durante el conflicto.

Si bien ambos proyectos de integración proponían la resolución pacífica de los conflictos, la presidencia norteamericana se reservaba para sí la “aplicación heterodoxa” de la Doctrina Monroe (1823) y de la tesis expansiva de F. Jackson Turner sobre las fronteras (1893) (Jáuregui, 1998, 441), que implicaba la posibilidad de ejercer un rol de policía internacional para preservar el orden y la paz en el continente. Naturalizándolo en el discurso como una responsabilidad nacional, Theodor Roosevelt redefinía la doctrina que vedaba el continente a

la conquista europea, para intervenir militarmente si lo consideraba necesario. Para evitar la polémica, la redefinición de la Doctrina Monroe no formó parte de la agenda de la III Conferencia Panamericana (Blanco-Cervo, 2002, 178-184), sin embargo la inquietud puede verse plasmada en los periódicos que cubrían el acontecimiento.

Los versos de “Salutación al Águila” (1906): “Bien vengas, mágica Águila de alas enormes y fuertes /a extender sobre el Sur tu gran sombra continental” /“Águila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas. /Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol. /¡May this grand Union have no end! dice el poeta. /Puedan ambos juntarse, en plenitud, concordia y esfuerzo” (Darío, 1918c, 43-46) junto a los versos de la “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones” (1907) – “Yo pan-americanicé... /con un vago temor y con muy poca fe /en la tierra de los diamantes y la dicha /tropical” – (Darío, 1918c, 135-136), son claros ecos de la propuesta panamericanista brasileña. Según relata en la crónica “Diplomáticos poetas. Fontoura Xavier” (1909): “Cuando llegaron los yanquis en barcos de acero, y Root, con ellos, Fontoura Xavier, soltó, como un águila, su poema al *Águila Americana*, que inspirara unos hexámetros míos con el mismo tema” (1909, 5). Los versos en inglés de “Salutación al Águila” (1906), como el papagayo, repiten los del poema de Xavier, mencionado también en el epígrafe. Ricardo Sousa de Carvalho señala que se trata del poema *The Bald headed eagle* (1890), que fuera publicado en el libro *Opalas como A Aguia Pellada* (1905), y en el cual revela un deseo por el predominio de los Estados Unidos “...Para abrigar contigo mi pabellón guerrero, /¡Águila! Quien me diera tenerte soberana, /Surcando en las borrascas el cielo del Crucero, /Y emperatriz del Mundo, Águila Americana” (Xavier en Sousa de Carvalho, 2004, 671).

Esta panamericanización de Darío generó mucho rechazo entre los escritores latinoamericanos que denunciaban el imperialismo de los Estados Unidos.

Rufino Blanco Fombona, al conocer “Salutación al Águila” le escribe una carta a Darío en la que le dice: “¡Cómo no lo han lapidado a usted, querido Rubén! Le juro que lo merece...” a lo cual Darío responde: “¿Saludar nosotros al Águila; sobre todo cuando hacemos cosas diplomáticas...? No tiene nada de particular. Lo cortés no quita lo Cóndor...” (en Ellison, 1968, 12). Darío configura, para el espacio privado, su pertenencia a la esfera del Cóndor y para el espacio público, su adhesión al encuentro con el Águila, a la política panamericana de integración del Cono Sur con Norteamérica. Según Darío, los versos fueron escritos “[D]espués de conocer a Mr. Root y otros yanquis grandes y gentiles, y publicados junto con los de un poeta de Brasil” (en Ellison, 1968, 412). Así, la poesía pasa a ser otro instrumento diplomático, una producción literaria que es elaboración del escritor profesional que tiene intereses en esa esfera de la política internacional. Rubén Darío representa las múltiples opiniones sobre el panamericanismo, adhiere y a la vez critica, pero en última instancia se pronuncia a favor de la integración panamericanista.

En sintonía con los escritores brasileños, en torno a *Itamaraty* y a la *Academia Brasileira de Letras*, Darío representa a una Pan-América continental que reúne a todas las naciones en un destino, el de ser la tierra prometida hacia donde se mueve el capital y la inmigración, que deja detrás a la Europa decadente. También en la crónica “Impresiones Brasileñas: La única gran política. El Dr. Lauro Müller” en *La Nación*, 15/06/1912, se refiere a una misión conjunta de Argentina y Brasil cuyo objetivo es lograr la armonía continental, y a la tendencia política del Ministro a una “[C]ompleta entente con los países americanos, comenzando con los Estados Unidos” (Darío, 1968, 250).

Las representaciones idílicas y armónicas se interrumpen ese mismo año cuando Estados Unidos invade su patria natal. En esa oportunidad Darío publica “El fin de Nicaragua” (1912), crónica en la que, recuperando el tono bélico

de “El triunfo de Calibán” (1898), recorre casi un siglo de ocupaciones militares, piraterías del norteamericano Walker, la influencia de la *United Fruit*, la intervención norteamericana en la política interior y los intereses en el Canal de Panamá:

Dícese que estando reunido el Congreso de Nicaragua para tratar la reforma de la Constitución se recibió un telegrama de la Casa Blanca en el cual se ordenaba –esa era la palabra-, que no se tratase la reforma de la Constitución hasta que llegase un comisionado del gobierno de los Estados Unidos... Si esto no es ya perder completamente la nacionalidad que venga Washington y lo diga, porque ya sería tarde para preguntárselo a San Martín y Bolívar [...].

Y los Estados Unidos con la aprobación de las naciones de Europa –y quizás de algunas de América... –, ocuparán el territorio nicaragüense, territorio que les conviene, tanto por la vecindad de Panamá, como porque entra en la posibilidad de realizar el otro paso interoceánico por Nicaragua; por las necesidades comerciales, u otras, y así se aprovecharán los estudios ya hechos por ingenieros de la marina norteamericana, como el cubano Menocal. Y la soberanía nicaragüense será un recuerdo en la historia de las repúblicas americanas (Darío, 1968, 263-264).

Si en las crónicas anteriores había elogiado la disolución de las fronteras, y un encuentro idílico transnacional en América, en esta crónica demanda el respeto por la soberanía de las repúblicas y critica a las naciones europeas y latinoamericanas que avalan sin replicar esta acción. Cabría preguntarse a quiénes alude cuando dice “algunas”, pero podría considerarse que los países del ABC, que pretendían arbitrar en los conflictos internacionales, estarían en la primera fila de los interpelados. La impunidad de la ocupación norteamericana evidenciaba que la exclusión del derecho de soberanía de las naciones más

vulnerables era aceptada por las naciones poderosas. Cabe también preguntarse qué posicionamiento tenía *La Nación*, cuyo responsable era el canciller Murature, al publicar esta crónica de Darío.

En “Un colombiano eminente. El General Rafael Reyes” (1913), publicado también en *La Nación*, a propósito de la gira por Estados Unidos y las principales repúblicas latinoamericanas del ex presidente colombiano en el exilio, Darío se refiere al canal de Panamá para reiterar, poco tiempo antes de su inauguración, los reclamos colombianos por la soberanía de la provincia (o la reparación económica) a Estados Unidos, acompañando el reclamo de Reyes y señalándose como parte de un colectivo de personas que defienden la soberanía de las repúblicas latinoamericanas frente al avance imperialista norteamericano:

El canal de Panamá, la obra más estupenda que haya realizado la raza humana, dará tan gran impulso a la civilización en las regiones tropicales, en los países conocidos por A. B. C. –Argentina, Brasil y Chile- que no pasará mucho tiempo en que sean no solamente rivales de los Estados Unidos, sino también rivales de Europa [cita del autor a Reyes].

Solamente –como también el general lo desea, y con él todos los que defendemos la soberanía de las repúblicas iberoamericanas- será de esperar que los Estados Unidos, antes de la inauguración de la vasta obra, arreglen honesta y dignamente con Colombia los graves asuntos pendientes, no como le venga en capricho a irreflexivos imperialistas y otros bigstickistas harto conocidos en las pasadas administraciones, sino como es de confiar, en hombres como Wilson y Bryan, este último bien estimado en la República Argentina en donde se dio a conocer como continuador de los verdaderos grandes norteamericanos (1968, 305).

A través de la opinión de Rafael Reyes sobre el ABC, Darío representa una lectura contemporánea (que es también, en parte, propia del discurso oficial) sobre el pacto como creación de una posición independiente y rival con Estados Unidos y Europa. A diferencia de “El fin de Nicaragua” (1912), en esta crónica distingue a los norteamericanos entre “irreflexivos imperialistas” y “verdaderos grandes norteamericanos”, y señala a estos últimos, los diplomáticos, como los que estarían más dispuestos a resolver las disputas y deudas pendientes. En este desdoblamiento, Darío diluye la anterior posición que reconocía a Estados Unidos como amenaza (configurada en las crónicas previamente citadas), para objetivar el peligro en un grupo particular e independiente de intereses económicos. Darío continúa de este modo interviniendo como religador que favorece una integración “armónica” (a pesar de las ocupaciones militares) y sosteniendo el valor de la diplomacia para resolver los conflictos, configurándola ajena a los intereses económicos de los norteamericanos en la región.

Rubén Darío tenía también intereses económicos vinculados a estas instituciones diplomáticas. En la crónica “La producción intelectual latinoamericana. Autores y Editores” (1913), señala el interés que le suscitaba el tratamiento del problema de la propiedad literaria y de la promoción al intercambio diplomático y comercial de ediciones durante el Tercer Congreso Panamericanista; como empresario editorial, demanda políticas concretas que favorezcan la comercialización más que el intercambio institucional de volúmenes gratuitos, para así generar beneficios económicos a las editoriales latinoamericanas y a los escritores profesionales. Allí sostiene que si bien había una gran demanda de libros, los grandes beneficios se los llevaban principalmente las editoriales europeas y, en menor medida, las norteamericanas. Darío reconoce además que estas políticas comerciales tienen impacto sobre la estética, frecuentemente determinada por casas editoriales europeas (Garnier, Michaud, Maucci, Sempere, entre otras). De este modo, él advierte sobre las limitaciones del intercambio

religador tal como se lo había practicado hasta el momento -mediante amistades diplomáticas-, y demanda nuevas políticas que favorezcan la constitución, como parte de una política de integración y diferenciación del Cono Sur, de un mercado literario latinoamericano que pudiera compararse, por ejemplo, con el norteamericano (1968, 348).

En todas estas producciones de Darío, podemos advertir la permeabilidad a los discursos diplomáticos y, a su vez, las huellas de su intervención como religador cultural. Sus representaciones de Brasil y el continente, que pueden ser asociadas al telurismo y al tropicalismo, colaboran con proyectos de integración continental y de incorporación “armónica” de la inmigración extranjera.

ANEXOS³

Dada la profusa diseminación de las obras trabajadas, presentamos, en orden cronológico, la siguiente sistematización de los textos de Rubén Darío en los que relevamos referencias a Brasil (señalamos también algunas de sus reediciones), ya que puede ser de utilidad para otros abordajes: “Desde Valparaíso. Llegada de la Argentina y del Almirante Barroso. Recepción y festejos de Ome-yko”, en *La Nación*, Buenos Aires, 15/12/1889. “Don Pedro”, s/d, Costa Rica, 12/02/1891 y en *Crónica literaria* (s/f:71-79). “La Miss”, s/d, 1893, (1938:169-171). “Marqués de Carvalho: *Entre as nympheas*”, en *Revista Buenos Aires*, Buenos Aires, 18/03/1896, (1968:91-92). “Eugenio de Castro y la literatura portuguesa”, en *La Nación*, 26 y 29/09/1896 y en *Los raros* (1896). *El triunfo de Calibán*, en *El tiempo*, Buenos Aires, 20/05/1898, (1938:160-162) y (1998:441-445). “Sinfonía en Gris Mayor” en *Prosas profanas* (1901). “El Salón. *Société Nationale des Beaux-Arts. Vernissage*”, *La Nación*, 27/05/1901 (1977:96-99) “Alemania en América. La Inmigración”, *La Nación*, 11/05/1902 (1977:139-143).

3 Los números entre paréntesis indican los años en que los textos aparecieron en libro.

La caravana pasa (1902). “La conferencia de Río de Janeiro. Preliminares”, *La Nación*, 28/07/1906. “A Machado de Assis” de 1906, publicado en *Poesías Completas* (1967:1015). “Salutación al Águila” (1906) y “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones” (1907), *Canto errante* (1907). “Literatura brasileña. Las modernas corrientes estéticas”, *La Nación*, 01/12/1907, también publicado con el título “El Brasil intelectual” en el libro *Letras* (1921 [1911]:53-59). “Diplomáticos poetas. Fontoura Xavier. Ministro del Brasil en Centro América”, *La Nación*, 30/04/1909. “Graça Aranha”, *La Nación*, 27/10/1911 (1977:243-246), “Balada de la bella niña del Brasil”, *Elegancias, París*, 12/1911. “Estados Unidos del Brasil”, *Mundial Magazine*, N° 12, París, 04/1912, reeditado como “Brasil” en el libro *Prosa política* (1918b:73-84). “Impresiones Brasileñas: La única gran política. El Dr. Lauro Müller”, *La Nación*, 15/06/1912 (1968:248-250). “Impresiones Brasileñas: La academia-I, Tijuca-II”, *La Nación*, 28/09/1912 (1968:259-264). “A conferencia sobre Joaquim Nabuco”, *O paiz*, Río de Janeiro, 1912 (1961:329-356). “Graça Aranha”, *Cabezas* (1919 [1916]:16-19). “Films de París. III- El viaje de M. Paul Adam”, *La Nación*, 15/01/1913 (1968:291-292). “El talento de los negros”, *La Nación*, 28/01/1913 (1968:295-299). “Un colombiano eminente. El general Rafael Reyes”, *La Nación*, 31/03/1913 (1968:302-305). “La producción intelectual latinoamericana”, *La Nación*, 01,11/08/1913 (1968:344-349)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Araripe Júnior. *Teoria, crítica e história literária*. Rio de Janeiro: Editora da Universidade de São Paulo, 1978.
- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo. T.2: Imperialismo*. Madrid: Alianza, 1987.
- Arnoni Prado, Antonio. “Nacionalismo literario e cosmopolitismo” In: Pizarro, Ana (Org.). *América Latina. Palavra, literatura y cultura*. São Paulo: Memorial/Campinas: Unicamp, 1994, 597-613.

- Barreto, Lima. *Os bruzundangas*. São Paulo: Editora Ática, 1985.
- Cané, Miguel. *En viaje*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005.
- Cappelletti, Ángel. “Anarquismo latinoamericano (prólogo)” In: Cappelletti, Ángel/ Rama, Carlos (Org.) *El Anarquismo en América Latina*. 1990, IX-CCXXVII.
- Carvalho, Elísio. “Rubén Darío”. In: Mejía Sánchez (Comp.) *Estudios sobre Rubén Darío*, 1968, 146-158.
- Cervo, Amado/ Bueno, Clodoaldo. *História da política exterior do Brasil*. Brasília: Editora UNB, 2002.
- Darío, Rubén. “La conferencia de Río de Janeiro”. In: *La Nación*. Buenos Aires, 28/07/1906.
- _____. Diplomáticos poetas. Fontoura Xavier. Ministro del Brasil en Centro América. In: *La Nación*. Buenos Aires, 30/04/1909.
- _____. *Prosas profanas*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1917.
- _____. *Los Raros*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1918a.
- _____. *Prosa política*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1918b.
- _____. *El canto errante*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1918c.
- _____. *Cabezas*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1919.
- _____. *Letras*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1921.
- _____. *Escritos inéditos*. New York, University of Iowa, 1938.
- _____. “A conferencia sobre Joaquim Nabuco” In: *Revista Iberoamericana*, 52, 1961, 343-356.
- _____. *Poesías Completas*. Madrid; Aguilar, 1967.
- _____. *Escritos dispersos de Rubén Darío*. T.1. Pedro Luis Barcia (Org.). La Plata: Ed. UNLP, 1968.

_____. *Escritos dispersos de Rubén Darío. T. 2.* Pedro Luis Barcia (Org.). La Plata: Ed. UNLP, 1977.

_____. “El triunfo de Calibán”. In: *Revista Iberoamericana*, 184-185, 1998, 451-456.

_____. *Crónica literaria*, Madrid: Obras Completas, s/f.

Dimas, Antonio. “A encruzilhada do fim do século”. In: Pizarro, Ana (Org.). *América Latina. Palavra, literatura y cultura*. São Paulo: Memorial/ Campinas: Unicamp 1994, 535-574.

Ellison, Fred. “Rubén Darío y Brasil”. In: Mejía Sánchez (Comp.) *Estudios sobre Rubén Darío*, 1968, 405-423.

García Merou, Martín. *El Brasil intelectual*. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor, 1900.

Huret, Jules. *La Argentina*. París: Eugène Fasquelle, 1911.

Jáuregui, Carlos. “Calibán ícono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío”. In: *Revista Iberoamericana*, 184-185, 1998, 441-450.

Otero, Delia. “Políticas e ideologías en los procesos de integración del Cono Sur, siglo XX”. In: Rapoport / Cerro (Comp.). *El Cono Sur. Una historia común*, 2001, 195-223.

Rodríguez Pérsico, Adriana. *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2008.

Sevcenko, Nicolau. *Literatura como missão*. São Paulo: Editora Brasiliense, 1985.

Solveira de Baez, Beatriz. “El ABC como entidad política: un intento de aproximación entre la Argentina, Brasil y Chile a principios de siglo” In: *Ciclos*, 2, 1992, 157-183.

Sousa de Carvalho, Ricardo. “La Revista Americana (1909-1919) y el diálogo intelectual en Latinoamérica”. In: *Revista Iberoamericana*, 208-209, 2008, 665-676.